

Mi nombre no es una casualidad

MARÍA BELÉN MILLA ALTABÁS

Universidad Complutense de Madrid

belenmillaltabas@gmail.com

Quienes, por azar o por belleza, llegamos a la poesía de Sarina Helfgott, vivimos en un estado genuino de deslumbramiento y deuda. No podemos dejar de preguntarnos dónde estuvo todo este tiempo. *Mi nombre no es una casualidad. Poesía reunida (1956-1995)* (2025), es un acto de rescate importante para la literatura peruana. Bajo la atención de Elizabeth Lino Cornejo y Luz Vargas de la Vega, quienes se encargan de la edición, los lúcidos ensayos y las notas, aparece esta reunión de los poemas que escribió y publicó Sara Helfgott Eidelman, conocida como Sarina Helfgott, entre los años 1956 y 1995. La fiesta no es pequeña. Se trata de la obra de una de las voces más talentosas de la generación del 50 en el Perú: una poeta realmente distinta para entender y renovar el tapiz de escrituras que convivieron en aquella generación, más allá de Blanca Varela y Cecilia Bustamante, y, ni qué decir de la hegemonía de nombres masculinos que poblaron las antologías y acapararon los espacios de difusión y crítica literaria de esos años.

Hija de migrantes judío-rusos, Helfgott nació en Chiclayo, en 1928, y vivió en Lima hasta su muerte, en 2020. Fue dramaturga, poeta, periodista, gestora cultural y editora. Aunque escribió teatro y recibió importantes reconocimientos como dramaturga, este volumen se enfoca en su obra poética, compuesta por los tres libros que publicó en vida: *La luz pródiga* (1956), *Libro de los muertos* (1962), y *Ese vasto resplandor* (1973). Además, acompañan a la edición dos ensayos escritos por las editoras. Lino Cornejo traza la diáspora de la familia Helfgott, en 1922, desde la provincia rusa de Besarabia, pasando por Argentina, hasta llegar al Perú, y la vida personal y artística de Sarina, así como el contexto en el que escribió; mientras que Vargas de la Vega investiga sus incursiones en el trabajo editorial, la autoedición y el impacto que tuvieron las antologías que Helfgott



Mi nombre no es una casualidad.

Poesía reunida (1956-1995)

Sarina Helfgott

Edición, estudios y notas de Elizabeth Lino

Cornejo y Luz Vargas de la Vega

Calandria de Fuego

Lima, 2025, 184 pp.

coordinó en el paisaje literario de la época. El libro reúne también poemas sueltos, publicados en revistas y antologías; un par de poemas inéditos en sus versiones originales mecanógrafas; una elogiosa carta escrita a mano que le dirigió Sebastián Salazar Bondy en 1961; así como fotografías de la poeta proporcionadas por el archivo familiar, dispuestas de tal modo que sus distintas facetas, como la maternidad y la escritura, dialogan y se complementan.

Sobre la poesía de Helfgott, diré que es vitalidad pura arrojada al futuro. Es efervescente y grave. Sus tres libros vadean la belleza y la violencia del siglo, algo parecido a un resplandor que el sujeto intenta asir con la palabra, con exactitud y ternura. La suya es una poética del descontento y la búsqueda –“ya no tengo sed soy / la sed” (p. 94);

del deseo –“[...] entre los pliegues salvajes / de una sábana alquilada cierta noche”– (p. 86); de la fragilidad –“ven, / mi corazón es manso como el césped” (p. 118)–; y también de la ironía –“será que no tengo cosas lindas que decir”– (p. 86). En *La luz pródiga* y *Ese vasto resplandor*, Helfgott tensa la experiencia del eros, el lugar de la mujer en la sociedad, la identidad y la angustia del individuo en el mundo moderno, goza y sufre la urbe, y hasta despliega una inquietud precursora de la ecocrítica en nuestro país. Por su lado, en *Libro de los muertos*, escrito mirando la atrocidad nazi y el holocausto, desciende al horror consumado por Occidente en el siglo XX, un estado de violencia que aún compete a nuestro tiempo de genocidios televisados, y que urge leer por el espejo que coloca frente a nosotros: “Alguien vio entrar el cordero en la boca / del lobo: tiene hambre. Sácase los ojos” (p. 52). Esta es una poesía para defender el corazón, el pacto con el mundo, “es la distancia / entre una estrella y mi latido” (p. 110). No pudo llegar en mejor momento.

Si lees a Sarina Helfgott, lo haces por la posibilidad de renovarte en cada uno de sus poemas. Lo haces porque “[...] el corazón / se me pone ave” (p. 96) y porque “[...] hoy me provoca reír, / robarle los cerezos a mandarines de papel, / atravesar el color, / introducirme en las cosas / para que no me encuentren.” (p. 83). Puede que ahora entiendan mi entusiasmo: la poesía reunida de Sarina Helfgott es una de las grandes deudas que le teníamos a la poesía. Solo nos queda perseverar en la fantasía: que se logren otros rescates editoriales de las poetisas que compartieron generación con ella, como la fascinante Lola Thorne, o la *rara avis* Julia Ferrer. Por mi parte, no dejo de agradecer y celebrar este hechizo, “y hasta puedo morirme / de Sarina / nada más” (p. 87).